


**MANUEL JESÚS
GONZÁLEZ**


DE LOS POLÍTICOS Y SUS CLASES

¿Cuántas clases de políticos existen? Son legión, se me dirá. Y no estaría desencaminado quien así discurriera. Los hay de derechas, de izquierdas, de centro, tráfugas, oportunistas, corruptos, bellacos y así. No faltan quienes mantienen siempre las manos en sus propios bolsillos, honrados a carta cabal. Solo conozco dos clases, diría un cínico, los actuales y todos los demás.

En la clásica polis ateniense, se distinguían unos tipos muy especiales de políticos denominados demagogos. Eran aupados al poder por la plebe a cuyos caprichos respondían. Una lacra de aquella democracia directa, como ya entonces señalaban filósofos y analistas. Los demagogos modernos también halagan los instintos de las masas con el fin de granjearse su apoyo en obsequio del propio poder, en el que, si pudieran, tratarían de perpetuarse. Supongo que tales tipos de hombres públicos no constituyen precisamente "un bien de Estado", como en cierta ocasión los caracterizó mi amigo Enrique Barón; más bien son una calamidad, una excrescencia patológica, de la que no se libran muchas democracias modernas.

Las formas de demagogia son innumerables, pero todos los que padecen este mal, con mayor o menor intensidad, pueden clasificarse como políticos de demanda. Tratan de descubrir algún deseo o prejuicio en determinado segmento del pueblo y se prestan a satisfacer tal ambición latente. Sumando aquí y allá racimos de votos procuran lograr el número suficiente para permanecer en el poder... mientras Dios les dé vida. Son políticos de demanda.

Me apresuro a advertir que en la moderna historia de España, aún abundando los anteriores arquetipos, han surgido más de una de vez genuinos políticos de oferta.

Hombres que, habiendo detectado los problemas cruciales de la nación, trataron de ofrecer soluciones que, a su entender, juzgaban las mejores para el pueblo. No se arredraron ante las consecuencias previsibles de las medidas a adoptar; más bien trataron de convencer a las masas de que lo bueno para España también era bueno para ellas... a largo plazo. En el complicado campo de juego de la política, no utilizaron las armas de la difamación, la calumnia o la mentira escandalosa para procurar el descrédito del adversario. Algunos gozaron de respeto póstumo; otros tuvieron un destino trágico. Son políticos de oferta.

El político paradigmático de esta categoría fue Antonio Cánovas del Castillo, quien señorea el escenario político entre 1874 y 1897. Conocedor concienzudo de la Historia de la decadencia política de la nación, une a su vocación de estadista una rigurosa formación de historiador. Quizá en esta doble condición se encuentre la clave de su formidable talla como político de oferta. Comprendió muy pronto que el sistema de pronunciamientos y espadones conducía a revanchismos sin fin y que el genuino sitio del ejército estaba en los cuarteles. La política española se hallaba menesterosa de un sincero espíritu de reconciliación. Fue así como ofreció una fórmula de convivencia en la que no prosperara el ajuste de cuentas. Una alternativa a las frustrantes experiencias de autoritarismo y anarquía que había conocido el siglo XIX. Se propuso y planteó constitucionalizar la nueva Monarquía, considerando inservibles, a este fin, las últimas constituciones. El de 1876 era un texto legal sobrio y flexible que, conscientemente, tuteló para que en él cupieran las diversas posturas políticas que convivían en "un país común". Por primera vez en España, no regía la Constitución de un partido. Eran, las de 1876, unas reglas de juego que amparaban el gobierno de formaciones diferentes y opuestas. Los veinte años siguientes, de prosperidad y pacífico entendimiento, fueron los años dulces del sistema canovista. Abordó con decisión los graves problemas que ya asomaban la cabeza o coleaban en su tiempo: el problema del carlismo, el germen virulento del regionalismo en el que anidaban semillas de federalismo y una especie de separatismo, el problema de las guerras exteriores, el terrorismo, la integración en el sistema de las fuerzas y figuras de izquierdas de distinto signo. Los años dorados del



canovismo registraron un episodio abrupto: su artífice sufrió un atentado con resultado de muerte.

Tras un período de revisionismo crítico, al doblar la centuria del ochocientos, de nuevo la política española cobró un tono elevado con dos políticos de oferta, Maura y Canalejas. Maura fue el político más descollante en los inicios del reinado de Alfonso XIII. Trató de vivificar el sistema heredado de Cánovas. Con la Ley Electoral de 1907 y la renovación de la vida municipal, mediante la Ley de Reforma de la Administración Local, quiso autenticar y robustecer el sistema democrático. Ofreció lo que llamaba una "revolución desde arriba", vertebrada no solo en estas leyes, sino, además, en reformas sociales de nota. Da vida, por ejemplo, al Instituto Nacional de Previsión y al Instituto de Reformas Sociales. Aborda el problema del catalanismo político impulsando la creación de mancomunidades supraprovinciales, oferta que dejó preparada, aunque no tuvo tiempo de aprobar la pertinente disposición legal.

Tropezó con la reacción de violencia encendida al hilo de la Semana Trágica iniciada el 26 de julio de 1909 (más de 100 muertos y 52 edificios religiosos destruidos). El "Maura no" de contestación en la calle precipitó una dimisión que ni siquiera había presentado. Fue una crisis oriental, forzada desde Palacio para responder al conflicto callejero. Supuso el principio de ruptura del sistema de convivencia de la Restauración. Maura se convirtió, como se ha dicho, en "conciencia moral herida". Sufrió un atentado, sin resultado de muerte.

Un nuevo estadista de talla, un nuevo político de oferta, sucedió a Maura en la presidencia del Gobierno, José Canalejas Méndez. Fue sin duda el político de izquierdas más coherente y con más talla de gobernante. De nuevo afrontó con firmeza el problema del orden público, la insubordinación del Numancia, la huelga ferroviaria y los sangrientos sucesos de Cullera. Abordó el problema del catalanismo concediendo a Cataluña un principio de autonomía. Con sabia política africana restableció el prestigio internacional de España. Proyectaba un reajuste de las relaciones con la Iglesia deterioradas por su "ley del Candado" que limitaba el número de congregaciones religiosas, ajustándose a la constitución; abolió el impuesto sobre consumos, estableció el servicio militar obligatorio y redujo el estamento militar

a sus funciones normales en una democracia. Lo asesinaron el 12 de noviembre de 1912.

En fin, si pasamos de Eduardo Dato- también víctima de un atentado con resultado de muerte- y deslizamos la vista sobre aquel siglo XX, cambalache, tan cercano todavía, encontramos políticos que ofrecieron y pilotaron una transición exitosa desde un régimen autoritario a otro democrático. Políticos que integraron en el sistema a izquierdas y derechas, que iniciaron, con buena estrella, el abordaje del problema catalán. Tal es el caso de Adolfo Suárez. Obra fundamentalmente suya fue la constitucionalización, una vez más, de la vida política española ahora en clave democrática. Como político de oferta, impulsó la primera constitución de consenso del siglo XX. A su amparo, de nuevo, disfrutaron los españoles otra etapa de convivencia con libertad y prosperidad.

Adolfo Suárez no fue víctima de atentado alguno; tampoco nadie atentó contra Felipe González, quien transformó un partido con una cierta herencia antisistema en un partido de gobierno. Suárez sufrió, en cambio, un intento frustrado de golpe anticonstitucional. El electorado, además, le volvió la espalda en los últimos años de su carrera política...González perdió unas elecciones.

José María Aznar, el más reciente político de oferta de la sociedad española, consiguió una recuperación sin precedentes de la maltrecha economía, suprimió el servicio militar obligatorio, enfrentó, con firmeza y no pocos disgustos, el problema terrorista, apostó por una política atlántica básicamente correcta, que suscitó de nuevo la contestación callejera liderada por parte de una oposición con doble lenguaje. Y, en fin, elevó el prestigio y el respeto internacional de España a niveles sin precedentes cercanos. Sufrió un atentado terrorista sin resultado de muerte.

Moraleja: ¿Qué pasa en España?, ¿por qué no acaba de soldar esta nación invertebrada?, ¿por qué vuelve siempre a las andadas? Castilla que, como reza el dicho medieval, *face a sus homes e los gasta*. El lector juzgará. ■

Manuel-J. González es miembro de la Real Academia de la Historia.

TODOS LOS DIRIGENTES DEMAGOGOS SON POLÍTICOS DE OFERTA. LOS DE OFERTA SON MENOS FRECUENTES EN ESPAÑA, Y VARIOS HAN TENIDO UN DESTINO TRÁGICO